



EL CAMINO A DIOS

Abril, 11 Cristina*

[Pida a una joven que presente este relato en primera persona.]

Desde que era niña mi deseo fue ser una monja para servir a Dios y a la humanidad. Cuando cumplí once años de edad mis padres me llevaron a un convento, donde podría prepararme para ser una monja.

Disfrutaba ayudando a los pobres y preparándome para servir a Dios el resto de mi vida. Como parte de nuestra formación, íbamos a las aldeas cercanas al convento para cuidar a los huérfanos y las viudas, llevándoles alimentos, ropa y medicamentos. A veces trabajábamos con los leprosos. Disfrutaba esta parte de mi trabajo y no podía imaginar haciendo otra cosa en la vida.

Cuando terminé mi secundaria me mandaron a estudiar a una escuela de secretariado para aprender a usar las computadoras. Ni yo ni mis superiores sospechamos que esa escuela era administrada por un pastor adventista. Mientras estudiábamos y nos esforzábamos por aprender el uso de las computadoras el pastor nos contaba historias de la Biblia y nos hablaba de Dios.

Siempre me ha gustado saber acerca de Dios y estaba muy interesada en lo

que nos decía el pastor. Con suma facilidad nos explicaba las verdades de la Biblia de una manera muy hermosa. Noté que algunas de las cosas que nos leía del libro sagrado eran contrarias a lo que habíamos aprendido en el convento, pero para mí tenía mucho sentido.

En adelante esperaba con ansias las clases de secretariado y computación, más por los relatos bíblicos que por las habilidades que obtendría de las clases. Sentía que mientras más aprendía de la Biblia y de Dios, menos conmovedores me parecían los ejercicios religiosos diarios del convento.

Cuando terminaban mis clases regresaba a mi vida rutina del convento. Pero al poco tiempo me di cuenta que mi vida religiosa había perdido su gozo vibrante. Continué haciendo mi trabajo aun cuando luchaba con mi fe. Algo había cambiado en mí, pero no estaba segura de qué era.

Llegó el momento de tomar mis votos definitivos, los que me convertirían en monja, pero algo parecía detenerme. Me sentía confundida con tantas ideas opuestas en mi mente.

Sabía que si no tomaba mis votos tendría que dejar el convento. ¿Pero adónde iría? No podía escribirle a mi madre y

explicarle mi decisión, porque toda la correspondencia que salía del convento era leída. Y aun si hubiera podido escribirle, ¿qué le hubiera dicho? ¿Que había decidido mandar al garete el sueño de mi vida? ¿Que renunciaría a los quince años de propósitos algo que significaba más que mi propia vida? Pero conforme oraba, me di cuenta que Dios me había mostrado un camino diferente, y sabía que debía seguirlo, sin importar lo que pasara.

Entonces la directora del convento nos dijo que antes de tomar los votos definitivos, teníamos derecho a recibir una última visita de nuestras familias. Esperaba poder explicarle a mi madre algo que ni yo misma entendía completamente.

Cuando mi mamá llegó para la visita, simplemente le dije que no tomaría mis votos definitivos. Ella se sorprendió grandemente. Preguntó por qué, y le expliqué que había descubierto verdades en la Biblia que no podía negar, verdades que nuestra iglesia no enseñaba ni practicaba.

Mamá me hizo recordar que desde niña había deseado ser una monja para servir a Dios y a la humanidad. Le dije que todavía quería hacer eso, pero de una forma diferente.

—¿Quién te ha desviado de tu vocación? —preguntó con desesperación. Traté de explicarle cómo mi maestro había abierto la Biblia durante las clases. Mi madre me acusó de haber sido engañada por un culto de brujas y no quiso escuchar mientras intentaba explicarle que todo lo que el pastor no había enseñado venía de la Biblia.

A pesar de las protestas de mi madre, decidí dejar el convento. Las personas encargadas se sorprendieron al conocer mi

decisión, pero no intentaron forzarme a quedar.

Puesto que no tenía un lugar a donde ir, ningún lugar excepto el convento, me fui a la Iglesia Adventista de la ciudad más cercana. Les dije a los dirigentes lo que había sucedido y obtuve una calurosa bienvenida de parte de los miembros de la iglesia. Les dije que no tenía un lugar donde vivir, tampoco los medios para sostenerme. Los miembros de la iglesia se ofrecieron ayudarme en todo lo que pudieran. Al poco tiempo me ofrecieron un trabajo secretarial y un lugar donde vivir.

Estoy feliz con mi nueva fe, porque sé que he encontrado el verdadero camino que lleva a Dios. Espero con ansias ver lo que Dios tiene para mí.

Gracias por ayudar a las misiones. Sus ofrendas serán un gran apoyo para encontrar el camino a Dios.

* Es un seudónimo.

DATOS DE INTERÉS

- El idioma oficial de Angola es el portugués, pero casi todos hablan por lo menos una de las lenguas Bantú también.
- La Iglesia Adventista del Séptimo Día en Angola es una de las denominaciones protestantes más grandes, y tienen más de 300,000 miembros. Alrededor de uno por cada cincuenta personas es adventista.
- Oremos para que los creyentes en Angola compartan su fe y hablar a otros sobre el amor de Dios, así como ustedes lo hacen con sus ofrendas.